

LUCHAS POPULARES Y ALIANZAS POLÍTICAS.
LECCIONES DE LA UP

Carlos Ruiz Encina

CARLOS RUIZ ENCINA

Sociólogo y doctor en Estudios Latinoamericanos.
Es profesor asociado del Departamento de
Sociología de la Universidad de Chile y presidente
de la Fundación Nodo XXI.

LUCHAS POPULARES Y ALIANZAS POLÍTICAS. LECCIONES DE LA UP

La experiencia de la Unidad Popular sigue concitando atención a medio siglo de su existencia, tal como sucediera en el curso de sus propios días. Como epopeya de las luchas populares latinoamericanas y mundiales, su memoria viva recuerda que las gestas de los pueblos no son pasado inmóvil. Vuelven una y otra vez a repaso, mientras persistan los empeños de emancipación humana. La historia de la UP es fértil en esta perspectiva y el presente puede, en muchos sentidos, internarse en sus pasajes tras elementos de actualidad que ensanchan su significación.

Más allá del homenaje indiscutible, está la trampa de su evocación pasiva, de espaldas al presente. Pero este último siempre reinterroga al pasado desde sus nuevas condiciones, en su urgencia por reflexionar sobre sí mismo. Hoy, cuando se naturalizan los cambios como parte de una inevitable y única globalización, urge recuperar esa especificidad de la condición latinoamericana, de sus procesos políticos y sociales, que apunta en su singularidad a aquella epopeya que marca nuestra historia contemporánea.

La experiencia de la UP es especialmente rica en un dilema que vuelve a franquear a las luchas populares: la relación entre las alianzas políticas y las luchas sociales. El pueblo chileno, enfrentado, en su condición pionera, a uno de los cursos neoliberales más avanzados del orbe, hoy advierte la posibilidad de sepultar esa nefasta modalidad de expansión capitalista en la propia tierra que la viera nacer. Es un nuevo pueblo que, sin embargo, emerge de los propios cambios que acarrea tal transformación, impreso en un nuevo mapa de clases y grupos sociales (Ruiz, 2020), donde vuelven a resonar los dilemas de la articulación política de una diversa y prolífica marcha de luchas populares de nuevo carácter.

Aquella gesta vuelve a sonar. La noción de pueblo apunta a una forma histórica de la conciencia social, enfrentada a un modo oligárquico de dominio (en el clásico sentido de “poder de pocos”). El pueblo es, así, un sujeto histórico compuesto por una heterogeneidad de posiciones sociales, clases y grupos, cuya articulación política constituye un complejo desafío. Aunque la estructura social chilena es hoy diferente de aquella que convivió con la UP (Ruiz y Boccardo, 2014), muchos de los dilemas de articulación política de la heterogeneidad popular porfían y rebasan los cursos de alianzas de las fuerzas políticas.

En el marxismo, así como en la tradición weberiana, se discuten las nociones de explotación y de dominación con el fin de comprender las estructuras de

clases del capitalismo contemporáneo, sus confrontaciones más relevantes y sus proyecciones¹. En la discusión latinoamericana, por su parte, y debido al carácter excluyente que adopta el capitalismo por estos lares, se releva, de modo específico, la noción de exclusión. Por ello, para repasar el proceso de la UP interesa recuperar tal distinción a partir de su significación política. Bajo la fisonomía que adopta el desarrollo capitalista en nuestra región, cobra distintiva importancia el asunto de la exclusión, sus efectos en la heterogeneidad popular y los dilemas de las alianzas políticas para erigir una izquierda.

Dicha orientación difiere de una divulgada literatura en la que las luchas políticas se abstraen de su carácter social o de clase, arropadas en una generalidad confusa que ignora los dilemas políticos que cobija. Un pregonado relato sobre la UP centrado en las divergencias entre figuras y direcciones políticas ignora el laberinto de las luchas populares y reduce a una imagen elitista el conflicto de la izquierda chilena. Aquí, por el contrario, interesa esa complejidad de la forja de la unidad política de la diversidad popular, tan relevante hoy como en aquella situación histórica.

LUCHAS POPULARES DE AYER Y HOY

La cuestión de revisar un tiempo tan corto e intenso está en distinguir lo transitorio de lo que indica trascendencia, en observar la coyuntura traspasando el tiempo propio de la crónica. Historiadores en la ruta de Lucien Febvre y Marc Bloch apuntan a ello como dialéctica de la duración. El escrutinio del presente obliga a volverse al pasado, para advertir los procesos más relevantes y distinguirlos de hechos que, más allá de su vigor momentáneo, son efímeros en cuanto a su historicidad. En tanto mirada que busca aprehender la totalidad de lo social, obliga a empalmar duraciones diversas, estructuras y coyunturas. Es una historia que no se puede eludir en la comprensión del presente, un recuento que se abre al esfuerzo de captar el sentido del movimiento de los procesos sociales. Es el movimiento de la historia, su dialéctica que discurre del pasado al presente y hasta el mismo futuro.

La revisión del tiempo corto empuja al relato dramático, al hecho explosivo. La tentación, al otro extremo, es integrar la historia entera y la condición humana en todo evento. De Croce a Sartre, pasando por Braudel, esas discusiones son extensas. De un lado, está el tiempo episódico, a la medida de lo cotidiano. Del otro, la estructura alumbra cuestiones de larga duración, ataduras que sujetan una realidad que apenas se renueva y sintetizan un tiempo casi inmóvil, donde se asientan

1. Para seguir esta discusión, puede verse a Roemer (1989) y Cohen (1979), así como la articulación de tales nociones que formula Olin Wright (1994) y los debates de este con Goldthorpe (1992).

coacciones espirituales y paredes mentales. Otras se desploman vertiginosamente. Pero todas son sostén y obstáculo, lindes de los que el individuo y sus experiencias no pueden emanciparse. Evitar el ahogo en ambos extremos implica asumir que presente y pasado se esclarecen mutua y recíprocamente. “Los hombres hacen la historia, pero ignoran que la hacen”, espeta Marx, una idea que soslayan muchos seguidores. Viviendo su tiempo, los individuos tienen la impresión de captar su movimiento. Pero la historia corre más allá de las luces fugaces. El reparto entre diáfana superficie y opacas honduras es espinoso. El dilema es relevar tanto las estructuras profundas de la vida como sus rupturas, su brusco o lento deterioro bajo fuerzas contradictorias. El marxismo auxilia, por cierto, si se rescata del formalismo que lo momifica como explicación previa, aplicable a todo lugar. Un problema para captar la especificidad latinoamericana que atraviesa sus procesos sociales y políticos.

La visión que hoy prevalece sobre su historia, incluida la experiencia de la UP, no escapa a los cambios del capitalismo en la región y sus convulsiones políticas. Un giro intelectual cruza al pensamiento criollo. El mapa social actual emerge de las cenizas del pasado arrasado, y los modos de verlo no son independientes, sino que se ligan a la desarticulación de actores como el movimiento obrero y las viejas clases medias, bajo el avance del neoliberalismo. Aparte de la coacción dictatorial, llega una ineludible mutación de la estructura social con estos cambios. La desarticulación de sus condiciones sociales arrastra consigo formas de interpretación de la sociedad, mentalidades, una cultura. No son mutaciones que operan por encima de los actores, sino producidos por estos. El conflicto social de la historia reciente es el teatro donde se dirimen relaciones de poder que fijan el rumbo del patrón de desarrollo y sus efectos sobre grupos sociales que, como estos, son expulsados de la construcción del Estado. Tal giro en la forma de apreciar la realidad abre una opacidad social que desliga a la política de sus antiguos significados sociales. Bajo la reorganización de las formas de diferenciación y jerarquización sociales, la política se vuelca hacia un elitismo que cierra el acceso a gran parte de la sociedad. Es el sello antipopular de la ofensiva dictatorial, pero también su proyección en la etapa democrática, que reduce la política a asuntos procedimentales e ignora la pérdida de derechos económicos y sociales de grupos populares y medios. En esas circunstancias, la dominación no apela a un Estado que regule un pacto social, sino a proyectar la exclusión. La gobernabilidad democrática apuesta, así, a la desarticulación social heredada, reduciendo la lógica representativa a un ciudadano con abstracción de su condición social.

El giro intelectual debilita el diálogo regional. Antaño, la aspiración de la soberanía traza una discusión sobre los grandes dilemas de América Latina, desvanecida con la mutación de la política cuando las transiciones a la democracia

abordan la reforma institucional y zanja la concepción de la política a adoptar (Ruiz, 2019). De este modo, la tecnocracia y la política como “ingeniería” reducen la democratización a la restauración formal, vaciándola de demandas sociales. El vuelco se imputa a la globalización, cuya modernización, se sostiene, trae un bienestar socialmente extendido. La opacidad sobre los procesos sociales va junto a una reflexión como administración. Un giro intelectual que no es ajeno a la sociedad, sino que sigue a la desarticulación de los grupos sociales que eran referentes de aquel pensamiento.

La idea de un coherente giro neoliberal que enriela la marcha de las postrimerías del siglo XX resulta dudosa en América Latina. A menudo se mezcla con otros estilos de desarrollo (Ruiz, 2019). Así, por ejemplo, Brasil apunta un “ilógico” liberal-desarrollismo. ¿La experiencia chilena es un patrón tan ortodoxo como irrepetible? Se trata de un asunto plagado de ideologismos. Si la dependencia es común a la región, difiere en situaciones nacionales y en sus efectos en el paisaje de clases sociales. Distinguir en tal sumisión externa es relevar la acción de grupos locales y las diversas alianzas que la operan; es entender cómo se articula el poder interno. El economicismo nubla la complejidad de la política criolla y frustra la tentativa de una historización crítica de los procesos sociales que sea capaz, al decir de Mariátegui, de “latinoamericanizar América Latina”. La dependencia de América Latina abre una difícil dialéctica entre lo externo y lo interno. El siglo XX ilustra el fracaso de copias occidentales y el auge de movimientos arropados en mezclas de nacionalismo, reformismo social y autoritarismo. Sin nítidas ideologías de clase, como las que alumbran el capitalismo europeo, un ideario nacional-popular prima en los procesos sociales y políticos locales que cruzan el siglo pasado.

No es caso atizar viejas reyertas, sino apuntar que se diluye el debate de la especificidad política y social. Reducir todo a efectos de la Guerra Fría o la globalización ignora que tal injerencia se apoya en cursos internos. Se ignora que el Estado, en la región, más que eslabón mecánico del dominio externo es un Estado patrimonial al servicio de sus dirigentes. Que, además, muchos rasgos de las dictaduras no resultan singulares, y su irrupción escapa a la imagen liberal que opone democracia y autoritarismo, y que enfatiza en las libertades políticas perdidas. La idea del Estado de derecho, de un régimen de partidos políticos y garantías ciudadanas, no es la práctica política dominante en la América Latina del siglo XX. La ausencia de democracia es recurrente. La dictadura irrumpe ante una crisis de dominación con el auge de las masas populares. Por eso, sus rasgos abundan en nuestra historia política e, incluso, muchos de ellos prosiguen bajo las “nuevas” democracias.

La reformulación del Estado trae cambios en las alianzas dominantes. La diversificación económica realza un sector financiero local y externo opuesto a la presión social sobre el Estado y su injerencia económica. La nueva alianza une

monopolios criollos y externos. La burocracia estatal suma a militares y tecnócratas, el bloque que luego impulsa el giro neoliberal para ingresar a las nuevas formas del mercado mundial, con el freno al gasto público, el giro primario-exportador y el abandono a la industria que no encaja en la égida financiera más que productiva. Pionero, Chile estrena esta apertura a la nueva dinámica externa, pero el giro regional llega después de las dictaduras, con la democratización de los años noventa (Ruiz, 2019). La agonía dictatorial no trae el retorno al viejo sistema. Su irrupción encaró no solo a gobiernos de izquierda, sino al régimen nacional-popular.

El neoliberalismo se oscurece como traspaso indiscriminado de funciones estatales al mercado. La pérdida de derechos sociales bajo la privatización de las condiciones de vida no diluye el peso estatal (Ruiz, 2019). Predica iniciativa individual en vez de prácticas asociativas, pero forja un subsidio estatal a nuevas formas de acumulación privada. Los idearios del capitalismo central resignifican su sentido bajo el metabolismo local, abriendo una singularidad que no es calco ni copia. En ese tránsito, la epopeya de la Unidad Popular es una versión radicalizada de aquella crisis y de los giros de refundación que le siguen posteriormente.

LA ACTUALIDAD DE LA EXPERIENCIA DE LA UNIDAD POPULAR

La peculiaridad de la UP hoy resulta inaprensible sin recuperar dicha perspectiva sobre el proceso histórico. No se concibe al margen de la especificidad latinoamericana. La drástica y sabida injerencia estadounidense en su colapso abre una lectura conservadora que reduce esta gesta a las tensiones de la Guerra Fría. Obstruye, así, la apropiación de su complejidad, su esfuerzo por abrir senderos; es la lectura sobre la UP desde la dominación que le sigue. Resituar su andar, su proyecto e influjos, es evitar el homenaje inerte de cara al presente.

Su espíritu enfila un complejo de elementos que opaca el choque soviético-norteamericano. Primero, el ideario y el proyecto de la UP se apartan del restrictivo énfasis en una preponderancia de la clase obrera, en favor de la idea de un pueblo multiclasiista que trae consigo un largo curso de elaboración y debates, por donde pasan muchas dificultades de unidad de la izquierda chilena décadas antes. Pesa ahí la distinta trayectoria del socialismo chileno respecto a la ruta del socialismo europeo y la senda comunista apegada a la fórmula soviética. Por eso recela de la UP la dirección de la URSS, y su apoyo es esquivo en los años más duros. Sus tensiones manifiestan su anclaje en una diversidad de grupos subalternos. La UP no busca expresar a una clase en particular, sino encarnar una alianza social amplia.

Su apego al marxismo es de una amplitud que choca con varios dogmatismos y llama la atención internacional. Busca reelaborar un ideal de soberanía y un

contenido nacional que redefine el antiimperialismo, mientras lo sitúa en una órbita latinoamericanista que topa, muchas veces, con fórmulas foráneas y sus embajadores locales. Su choque con las oligarquías agrarias y con el conservadurismo eclesiástico enfatiza la reforma agraria y la lucha campesina, el laicismo y el cambio al sistema educativo, acercándola más a ideales de transformación social latinoamericanos que a proyectos del marxismo europeo, occidental y soviético. Incluso, cobija un desafío al burocratismo del socialismo este-europeo, en un horizonte de democracia popular que debate la participación popular y hasta obrera en las empresas estatizadas, que advierte los efectos de la burocratización estatal en los partidos.

La Unidad Popular se vincula a movimientos anticolonialistas y de liberación nacional en una ola tercermundista; se liga, en particular, a la lucha argelina y a la orientación yugoeslava de no-alineación. Redefine, así, el horizonte anticapitalista más usual de las izquierdas al no sumarse a la égida comunista de la Unión Soviética. La UP, en su formación, como proyecto y práctica, aprecia como limitante a las posibilidades de las luchas transformadoras en el Tercer Mundo y América Latina la forma que adoptaba el choque capitalismo-socialismo, como bloques militares que reducen esos horizontes de transformación y emancipación. De ahí la madeja de hilos que concurren en este ideario de izquierda socialista. La historia política y social latinoamericana, sus luchas e idearios, desde la Revolución Mexicana a las ideas del APRA peruano que lidera Haya de la Torre, el peronismo argentino a partir de los años cuarenta, Mariátegui y el Che Guevara.

Su forja se sitúa en una sociedad chilena que atraviesa una brusca mutación social y cultural, en su dilatada transición desde el orden oligárquico agrario hacia una modernización en que chocan disímiles proyectos. La UP entra en ese desafío y construye una alternativa de modernización socialista y popular para esas condiciones nacionales. Ese proyecto de cambio arma un curso de modernización como estrategia política, de formación de fuerzas populares para tal giro histórico (Arrate y Ruiz, 2020). Ahí, se forjan horizontes económicos y políticos en los que se debaten con la intensidad distintiva de esta experiencia dispares herencias locales y externas. Una concepción del individuo, de la libertad, la democracia, el desarrollo y el humanismo marcan una estrategia de cambio, donde se elabora y discute tras líneas para cambiar las condiciones concretas chilenas. Difiere con miradas de izquierda fijadas a fórmulas externas. Desde la realidad nacional, se dialoga con experiencias externas y se piensa una estrategia. Los liderazgos capaces de aglutinar a esa heterogénea izquierda que, ya en los años sesenta, detenta un amplio arco de influencias ideológicas, permiten apreciar la figura de Allende.

Caracterizan a la UP aquellos debates estratégicos que, al contrario de muchos partidos socialistas y comunistas del siglo XX (en la URSS, el resto de Europa y gran parte del Tercer Mundo), no cifran las metas del socialismo en cuestiones como el

auge económico, tecnológico o la seguridad, compitiendo con el capitalismo liberal, sino en la democracia y la libertad, proponiendo una visión política distinta, ocupada del humanismo, la democracia social, la soberanía política y la independencia económica.

La Unidad Popular incide en la formación de la cultura política de las luchas populares con la idea de “revolución chilena”, que asume el cambio latinoamericano desde el dilema del desarrollo que perfila el carácter socialista. Proyecta una revolución al socialismo, en la perspectiva de crear las condiciones para abrir tal alternativa. El sentido antiimperialista se ancla en la soberanía nacional-popular y exige riquezas básicas bajo control externo. Una línea antifeudal encara el atraso latifundista. El sello clasista busca unir grupos de trabajadores con otras fuerzas sociales, grupos medios e incluso burgueses no atados al imperialismo y la oligarquía, capaces de insertarse en los planes de cambio. El ideal democrático aspira a ampliar la soberanía popular y a abrir el Estado a las mayorías, como control popular económico. El ideal humanista, por su parte, apunta a situar el progreso en dignificar la condición humana. Su latinoamericanismo, de este modo, propugna no una simultaneidad de la revolución, pero sí una integración económica como lucha conjunta de nuestros países.

La singularidad de esos horizontes —ignorados hoy— apuntalan la compleja construcción de la mayor unidad de la izquierda en la historia chilena. El proceso de la UP se erige entre los más originales de la izquierda latinoamericana del siglo XX, alcanzando significación global. Su llegada al gobierno en 1970, por la vía legal, y luego el golpe militar, marcan los hitos más visibles y recordados. Su gestión y el violento desenlace atrapan el debate, pero su formación como alianza social y política se atiende mucho menos. Lo que importa, sin embargo, es que su fundación como proyecto político no es tanto su llegada como un largo recorrido. Valga apuntar al menos tres rasgos.

Su fundación es posible gracias a un programa común a sus fuerzas, que dista bastante de lo que hoy supone un programa en elaboración y significado político como suma de políticas sectoriales y recetas específicas, propias de la mirada administrativa neoliberal de la transición, cuyos términos de unidad se reducen a distribuir esferas de poder. El programa de la Unidad Popular, por el contrario, con sus luces y límites, fue una estrategia de cambios. Una basada en una lectura de la sociedad, que logra hilar una alianza social y una acción política y económica. El debate en su formación fue de naturaleza estratégica y sobre él se asienta la unidad, así como sus problemas. Un hito que interpela hoy su reducción a dilemas de administración y de reparto electoral.

La formación de la UP también implicó procesar diferencias entre partidos políticos y dentro de ellos. Como se sabe, las tradiciones socialista y comunista

tenían una larga historia de enfrentamientos, acarreado, desde su fundación, discrepancias culturales e intelectuales. El mérito de la UP, en ese sentido, fue procesar tales diferencias sin negarlas. De ahí los ásperos debates antes y después de su surgimiento, con diferencias de proyectos y de juicio político, y no solo de intereses burocráticos y personales. Las diferencias animan el desarrollo de la cultura política de las fuerzas populares.

La construcción de la Unidad Popular supuso articular fuerzas políticas, pero también sociales. Implicó, de tal suerte, una diversidad de clases y la unidad de sus partidos en las organizaciones sociales, y una UP atenta a estar presente, de modo simultáneo, en la sociedad y en el Estado. Esa izquierda entendía la acción social y política como una unidad compleja. Caben juicios críticos —que se hicieron— sobre dicha relación y sobre el protagonismo del Estado o el movimiento popular en cada momento. Pero la UP era depositaria de una cultura de izquierda con gran conciencia de los procesos que anidaban en la sociedad.

HETEROGENEIDAD POPULAR Y ARTICULACIÓN POLÍTICA EN LA EXPERIENCIA DE LA UP

Mucho debate de izquierda sobre la Unidad Popular queda en el subjetivismo. Sean más críticos o más defensores, se alinean sobre la dicotomía entre derrota y fracaso, pero coinciden en opacar el análisis social bajo la atractiva conducta de las élites políticas, disociando tal itinerario de sus bases sociales. No se asume la política como proceso social. Pero el proceso de la UP exige tener en cuenta al conflicto social para distinguir los sectores más relevantes. Sobre su crisis se insiste en la polarización política como explicación, un relato copioso en episodios. Antes de llegar al gobierno ya es aguda y se atribuye a la dirección política, incluso se señala que responde más a esta que a una polaridad efectiva de las bases sociales, abriendo críticas sobre la capacidad de conducir el proceso y al cobro de responsabilidades. Se apunta a la Democracia Cristiana y a los partidos de la Unidad Popular. Se alude a una DC arrastrada por su pugna con la derecha que orilla al boicot a la UP, sin diferenciar su apoyo a unas reformas y su oposición a otras. Solo hay reflexiones generales sobre lo que eran esas bases sociales, su diferenciación interna y lo que habilita su decisión golpista. En la UP, se acusa la incapacidad de una dirección única y coherente del proceso. Su división interna muestra la colisión, cada vez más irreconciliable, entre el negociar con grupos opositores para “consolidar lo avanzado” y la crítica a las limitaciones del reformismo que exige mayor radicalización. Lo que redundo, por cierto, en que ninguna lograra avanzar.

Un relato, en fin, que no atiende a las bases sociales que se constituyen en tal conflicto y que se reduce a las directivas políticas. En el desarrollo de los grupos

sociales, se atiende a la diversidad de las capas medias más que a la que anida en los grupos populares. Pero, más allá del asunto de las capas medias y su vínculo con el centro político, la heterogeneidad del mundo popular y sus opciones políticas condiciona directamente las posibilidades del proceso (Faletto, 1977). Allí se divisan dos sectores relevantes: una clase obrera de larga integración política institucional mediante partidos y sindicatos; y un mundo marginal marcado por la exclusión económica y política, que logra incidir bajo el afán de la movilización directa. Desde mediados del siglo XX, la masificación de la participación política releva tal distinción, y se replantea con la UP. Si el triunfo de Salvador Allende en 1970 se basa fundamentalmente en la clase obrera, de mayor trayectoria política y peso en la configuración del Estado que impulsa el proyecto industrializador, la mayoría absoluta de la Unidad Popular llega en las elecciones municipales de 1971 con su extensión al mundo marginal, lo que abre nuevos dilemas de conducción y articulación anclados en diferencias sociales. Esas dos líneas políticas, que anidan en el seno de proyecto, responden a estas bases y no a la mera ineptitud de las dirigencias para entablar acuerdos (Baño, 2003).

La distinción de estas bases sociales de la UP es compleja. No adoptan los rasgos usuales de la mirada estructural ligada al sistema económico. Su carácter integrado o marginal las diferencia. Pero no solo como la inserción típica del obrero en la empresa capitalista o su exclusión, en tanto entre los marginados de la empresa capitalista hay orientaciones de carácter obrero según tipos de socialización y cercanía a sujetos con posiciones de clase. A la vez, entre el obrero típico surgen orientaciones marginales bajo el carácter tradicional de la empresa, el tipo de organización sindical, la socialización política o la proximidad con sectores marginados. En fin, se suele destacar a los grupos obreros de la empresa capitalista moderna, su organización social y política. Sin embargo, bajo la Unidad Popular crece la relevancia del mundo marginal.

La tradición democrática chilena de participación política es un mito, pues electoralmente es reciente. A mediados del siglo XX, ni siquiera un tercio de los hombres que podían votar lo hacía. A inicios de la década de 1960 tampoco supera un tercio de los hombres y mujeres con tal derecho. De ahí, hasta la crisis de la UP, crece abruptamente con la inclusión de sectores sociales populares. La forma y coyunturas de este auge electoral indica que es a saltos bruscos y no de forma progresiva. Cada momento de inclusión duplica al anterior bajo la integración de sectores populares marginales. En 1952, el “terremoto ibañista” impone un candidato fuera del sistema de partidos, de discurso populista, que moviliza a nuevos sectores en ciudades que reciben la migración del sistema hacendal. Aunque fracasa y retorna el sistema de partidos, el asunto se altera nuevamente con el auge de la DC. En 1964, la gran votación de Frei Montalva supera el apoyo de la derecha. Se trata de otra alza de

participación electoral, de franjas no adscritas al sistema de partidos en ciudades desbordadas por migrantes que viven en la marginalidad. Aunque difieren, ambos proyectos arrastran a nuevos grupos populares a las elecciones.

En contraste, en 1970 no hay mayor alza en la participación electoral. La base de Allende se encuentra en la clase obrera organizada en los partidos políticos; inclusive, baja su apoyo electoral. El estrecho triunfo de la UP es posible por la división de las otras fuerzas. Pero en la primera elección en el gobierno, crece el apoyo con políticas de beneficio popular de redistribución del ingreso y oportunidades laborales para los grupos más precarios. Es un crecimiento en las franjas marginales. Crece la movilización de estos grupos en apoyo a la UP, el peso de su accionar y su rechazo a la exclusión, que fluye sobre todo al Partido Socialista, de base social más heterogénea y discurso abierto a intensificar la movilización social aun contra la opinión de los grupos populares de más tradición organizativa, identificados con el Partido Comunista.

En aquellos años, el mundo popular rural recién asoma a la política con la reforma agraria y movilizaciones. Aquí también difieren quienes son partícipes directos de dicha reforma (trabajadores dependientes de los predios expropiados) de aquellos que, bajo otras formas de inserción productiva, son excluidos (afuerinos, minifundistas, trabajadores de predios no expropiados). Estos últimos engrosan la marginalidad urbana en su migración. La marginalidad rural a la reforma agraria adhiere a la UP al permitir su movilización para integrarse a los beneficios estatales, y apunta a los partidos políticos que plantean la intensificación del proceso (PS, MAPU y MIR).

La historia de la división política de la UP es conocida. Lo que interesa destacar es que esas tradiciones políticas se ligan a diversas formas de organización social (Faletto, 2009). Las divergencias no se agotan en dirigentes o ideologías. Son diferencias sociales las que se expresan en esas opciones políticas. Aunque es muy general la distinción de estos dos sectores, populares, el apoyo popular a la UP es distinto si se trata de la clase obrera, integrada a la producción (mineros y trabajadores de empresas consolidadas), o si hace referencia a la marginalidad popular excluida de la producción (de inserción precaria, cesante, independiente, doméstica). No se trata, con ello, de reeditar acusaciones de aburguesamiento de la clase obrera y de repetir fórmulas que suponen el carácter revolucionario de masas marginales que no tenían “nada que perder”, sino de relevar el carácter integrativo de la presión de los grupos excluidos.

El conflicto que se plantea en la base social de la Unidad Popular condiciona los dilemas de una solución política, y no a la inversa. La opción de la clase obrera de consolidar posiciones vinculadas a la producción no es fácil de conciliar con un mundo marginal que enfatiza una intensa movilización y una dinámica comunitaria.

La política de la UP busca responder a los dos: necesita de todo el apoyo popular para encarar la resistencia a su proyecto, pero las tensiones crecen hasta paralizar toda iniciativa. La repetida salida para evitar el colapso situada en la apertura a las capas medias, en un acuerdo con el centro político, podría haber acarreado una pérdida de apoyo en el mundo marginal que habría visto frenada su movilización y su accionar comunitario, viendo retroceso en un acuerdo de consolidación en el que no participaba. Tal vez no habría colapsado la UP a través de un golpe militar, pero sí como proyecto político, siendo imposible saber sus alcances y consecuencias. Al revés, si se impulsaba la movilización radical, chocaba con las capas medias, pero también perdía apoyo de esa clase obrera mejor posicionada en el sistema productivo, que presionaba por consolidar las mejoras obtenidas.

La heterogeneidad del universo popular se proyecta en los dilemas políticos de la UP. La dictadura, más tarde, devastó las organizaciones sociales y políticas vinculadas al mundo popular y la regresión económica impuso la sobrevivencia, no sin advertir esa distinción interna del mundo popular, la cual buscó manipular. En efecto, apuntó a los trabajadores integrados como un grupo privilegiado, donde la presión sindical y política lograba mayor bienestar. Los “verdaderos pobres”, por su parte, eran los marginales, a quienes debía ayudar. Impulsó, así, la focalización de subsidios a la pobreza, con el objeto de crear un “pinochetismo popular” clientelar, que solo la regresiva distribución del ingreso y la enorme cesantía frustrarían.

En los años ochenta, las protestas contra la dictadura devuelven esta distinción popular, cifrada en las diferencias entre el movimiento sindical y el poblacional. El primero llama a las protestas, pero quien las realiza es el segundo. Entre ambos hay diferencias de objetivos y métodos. La transición a la democracia aísla al mundo marginal y sus movilizaciones, para relevar al centro político y a los grupos medios. Pero eso no borra la pugna contra la exclusión. Por el contrario, a la masiva participación en el plebiscito de 1988 le sigue una desmovilización política. Desde 1993 en adelante crece la apatía política. Los no votantes pasan de un 20 por ciento ese año a un 30 por ciento en 1996 y un 40 por ciento en 1997. Son jóvenes de barrios marginales que rehúsan inscribirse en los registros electorales. La elección de 1999 revierte la caída de no votantes, de 40 a 30 por ciento, con un candidato de derecha que encarna un personalismo antipartido que queda a pocos votos de ganar.

Desde 1989, este mundo marginal, que no responde a un trazado clasista nítido para una economía capitalista, apunta a la no participación. La abstención domina en las zonas pobres. Aludida como masa marginal, está compuesta por los desocupados crónicos, trabajadores por cuenta propia, obreros sin calificación y ocupación temporal, trabajadores domésticos y otros similares. La transición a la democracia se proyecta controlando su efervescencia.

DE NUEVO EL PUEBLO

El estallido del 18 de octubre de 2019 advierte que las masas populares siguen planteando la pugna de la exclusión. La historia es revisitada por cada generación. La sociedad chilena se sacude de un neoliberalismo que cubre ya casi medio siglo. Mientras, la izquierda se tensa bajo las problemáticas que plantea esa realidad. La historia no se repite, pero el proceso de la UP, sus esfuerzos y dificultades, portan claves para abordar el desafío popular contra el neoliberalismo.

Volver a la mayor articulación de izquierda en Chile para recuperar elementos críticos que permitan pensar una política y un sujeto popular capaz de protagonizar una nueva marcha, exige advertir la singularidad de esa empresa de transformación. Su herencia repone el dilema de las alianzas políticas, no como ajedrez burocrático, sino ante sus condiciones sociales y las disyuntivas que abren. El levantamiento popular vuelve hoy a un desafío semejante. Un nuevo pueblo emerge de la misma transformación neoliberal; nuevas contradicciones originan nuevas fuerzas e identidades. Es iluso creer que se pueda articular una izquierda sin memoria de su pasado. Las nuevas fuerzas políticas errarían al ignorar el proceso de la UP, como también al apelar a una continuidad mecánica, solo identitaria. Es preciso ir de la mera reivindicación de la dignidad de la UP al examen de su formación como alianza social y política, para anclar el homenaje en las urgencias del presente. Las lecciones de la UP son un capital de un costo histórico enorme para los empeños del presente.

REFERENCIAS

- ARRATE, J. y RUIZ, C. (2020). *Génesis y ascenso del socialismo chileno. Una antología hasta 1973*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- BAÑO, R. (2003). Más allá de culpas y buenas intenciones. En Baño, R. (ed.). *Unidad Popular 30 años después*. Santiago de Chile: Ediciones Departamento de Sociología, Universidad de Chile, pp. 291-318.
- COHEN, G. (1979). The Labor Theory of Value and the Concept of Exploitation. *Philosophy & Public Affairs*, 8(4), pp. 338-360. Disponible en: <https://www.jstor.org/stable/pdf/2265068.pdf?seq=1>
- FALETTO, E. (2009). Algunas características de la base social del Partido Socialista y del Partido Comunista. 1958-1973. En Baño, R.; Ruiz, C. y Ruiz-Tagle, M. (eds.). *Enzo Faletto. Obras Completas. Tomo I, Chile*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, pp. 147-198.
- (1977). Clases, crisis política y el problema del socialismo en Chile. En Benítez Zenteno, R. (coord.). *Clases sociales y crisis política en América Latina (Seminario de Oaxaca)*. México D.F.: Siglo XXI Editores México - Instituto de Investigaciones Sociales UNAM, pp. 284-314.
- GOLDTHORPE, J. (1992). Sobre la clase de servicios, su formación y su futuro. *Zona Abierta*, 59-60, pp. 229-263.
- OLIN WRIGHT, E. (1994). *Clases*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- ROEMER, J. E. (1989). *Valor, explotación y clase*. México D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- RUIZ, C. (2020). *Octubre chileno. La irrupción de un nuevo pueblo*. Santiago de Chile: Editorial Taurus.
- (2019). *La política en el neoliberalismo. Experiencias latinoamericanas*. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- RUIZ, C. y BOCCARDO, G. (2014). *Los chilenos bajo el neoliberalismo. Clases y conflicto social*. Santiago de Chile: Ediciones El Desconcierto - Fundación Nodo XXI.